

Felipe Vega de la Cuadra

EL ALMA ANIMAL

(NOVELA)



ESKELETRA
editorial

El alma animal

© Felipe Vega de la Cuadra, 2018

Primera Edición

Tiraje: 500 ejemplares

Mayo 2018

Derechos de autor No.: 053516

ISBN: 978-9978-16-195-1

Eskeletra Editorial

© Eskeletra Editorial

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Fotografía: Soledad Cueva

Quito: 12 de Octubre y Roca (esq.) 1º piso, oficina 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

Quito: Reina Victoria N21141 y Ramón Roca 6º piso, oficina 6A

Teléfono: 529145

E-mail: directoreskeletra@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, foto-óptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

CON AMOR A MI BAILARINA SOLEDAD

*Los invisibles que esperan en los sueños,
que esperan en las melancolías,
susurran todavía desde la infancia,
como espíritus animales o animales
en sí mismos...*

Ellos no son nuevos.

No hay animales nuevos.

James Hillman

¡Ah, el horror! ¡El horror!

Joseph Conrad

Tenía el alma tranquila, estaba segura de lo que hacía y lo hacía con plena conciencia. Entonces, parada en la puerta de su casa, en *Enhüberstraße*, la señora Drescher levantó el cuello de su abrigo como tratando de cerrar una cortina para dejar atrás su antigua vida, se inclinó hacia un lado con la espalda cómicamente rígida y tomó su vieja maleta floreada, asentada en la vereda como si fuese un rebosante bolso de supermercado; elevó luego la barbilla más de la cuenta y emprendió una marcha infantil hacia la *Hauptbahnhof* en *Bayerstraße* enredándose en los tacones y tratando de llevar con dignidad el peso de su equipaje.

Todo comenzó unas semanas antes, cuando, sin previo aviso, la señora Drescher tuvo un momento de extraña lucidez. Duró una fracción de segundo, apenas un instante menor al de un parpadeo, pero mientras permaneció —y ella tuvo la clara certeza que persistió un tiempo considerable— fue como si su casa se volviese traslúcida, como si las personas y los objetos perdiesen materia y, de pronto, cobrasen la colorida transparencia del arcoíris. El ambiente completo: los muebles, las cortinas, la vajilla, sus hijos y su esposo se tornaron entonces ilusorios, en medio de una sorprendente reverberación, mezclados en las gamas añil—esmeralda—amarillo—naranja—magenta de la luz que unificaba y conectaba a todos en la escena.

Cuando la “sensación” —por llamarla de alguna manera— pasó, la señora Drescher se encontró a sí misma parada en el comedor familiar con la fuente de puré en la mano, mirando al vacío y sin poder articular palabra alguna. Su esposo la observaba con sorpresa y los chicos, sentados a la mesa, por primera vez en lo que ella recordaba, hicieron un silencio inesperado, roto al mismo tiempo en que ella salía de su pasmo, precisamente cuando su esposo preguntaba si le sucedía algo. La señora Drescher trató de no dar importancia a su extraña y sorpresiva experiencia y prefirió terminar de servir la cena.

Al día siguiente, todavía sin haberse configurado para sí ninguna explicación de lo sucedido, la señora Drescher trató de encontrar alguna razón convincente para justificar el repentino “mareo” —por llamarlo de otra manera— de la noche anterior. Podía ser la cercanía del climaterio, aunque todavía era joven para eso. No obstante, una amiga de la prima lejana de su cuñada había tenido síntomas apenas cumplidos los treinta y cinco. Bueno, eso decía su cuñada, pero no tenía, la señora Drescher, confirmación ni testimonio fidedigno del hecho, pues ni siquiera conocía a la lejana prima, peor a la más lejana amiga. Resolvió, en un despliegue de pragmatismo doméstico, no prestar atención al suceso de la cena y dedicarse a sus tareas en el hogar. «*Son cosas que pasan*», se dijo y encendió el artefacto para recoger el polvo de las alfombras.

El siseante y continuo aspirar de la boquilla, tragando mugre y partículas, amodorró a la señora Drescher, sus movimientos se tornaron automáticos, su cuerpo cobró levedad, ella se imaginó flotar en el aire de la habitación, luego vio un remolino de corpúsculos de polvo, suspendidos, brillando en un rayo de sol que se coló por la ventana. Fue como si la señora Drescher se volviese pequeñísima de pronto, o como si las partículas flotantes creciesen

hasta tornarse del descomunal tamaño del cosmos. Cada grano de polvo se convirtió en una estrella; cada porción de brillo en una nebulosa; el remolino de partículas en los brazos de una galaxia gigantesca que, inmóvil, se presentó ante sus ojos desorbitados. Sus manos dejaron de existir, la aspiradora también, o mejor dicho, desaparecieron como miembros, como objetos determinados y se diluyeron en una existencia mayor; el pañuelo que cubría su cabeza se fragmentó en billones de puntos brillantes cundiendo el infinito espacio, dejando flotar sus cabellos en el vacío; la materia de su delantal, de su ropa, de todo su cuerpo se desprendió de pronto en planetas, en soles antiquísimos, en masas de polvo cósmico vibrando con emanaciones de rayos y radiaciones impensables. La señora Drescher se transformó en el universo mismo y de ella solo quedó la conciencia admirada ante el insólito evento.

Aterrorizada trató de reintegrarse, de aglutinarse nuevamente, de comprimir el espacio en un nuevo y reverso *big bang* para retornar a la sala de su casa, a las alfombras, a la aspiradora y al mínimo remolino de polvo brillando a la luz del sol. Pero no pudo. Le fue revelada, en cambio, la inextricable conexión de todos los cuerpos celestes: su movimiento, sus enlaces inmateriales, la ubicación de nuestro sistema solar en uno de los brazos giratorios de alguna de las incontables galaxias que pueblan los infinitos universos existentes. Percibió la curvatura del espacio, el poder de los agujeros negros tragando luz y materia de inmensos soles, los *quásares* moviéndose a velocidades asombrosas, las explosiones estelares emanando chorros de energía de dimensiones inconcebibles. Ello solo acrecentó su terror hasta hacerla perder la conciencia y desplomarla sobre la alfombra. Sin una mano para sostenerla, la boquilla de la aspiradora tragó la cortina produciendo, en el motor del aparato, un sonido trabado, anuncio de daño inminente.

La señora Drescher permaneció tirada en el piso por un momento. Cuando volvió en sí, apagó la aspiradora que sonaba como un coche viejo a punto de colapsar. Se sentó en una de las butacas y con el pañuelo de la cabeza secó el sudor de su barbilla. «*¡Dios mío! ¿Qué me sucede?*», se dijo temblorosa y, con verdadero espanto, reconoció un temor inconfesado: «*Estoy perdiendo la razón*».

Se sintió tentada a llamar al trabajo de su esposo y contarle lo ocurrido, pero se contuvo, «*no debo molestarle por algo tan insignificante*», se dijo como consuelo. Además, seguramente él pensaría que la señora Drescher había enloquecido de verdad, y tendría motivos para confirmar su teoría, aquella pregonada a gritos por el esposo cuando peleaban. «*Yo lo puedo arreglar sola*», se dijo dándose valor y recordando, desde el fondo de su organismo, la inveterada costumbre de solucionar todo problema de la vida cotidiana, porque normalmente así sucedía: su ser respondía de inmediato ante cualquier dificultad con una panoplia de recursos atávicamente aprendidos, por lo tanto, la señora Drescher podía resolver ella misma el asunto sin pedir ayuda a nadie.

Trató de recomponerse, se arregló la ropa, se colocó otra vez el pañuelo en la cabeza y prosiguió con sus tareas.

A la noche, con los chicos y el esposo en casa, la señora Drescher se sintió sin ánimo para preparar la cena. Alegó tener jaqueca y se encerró en su habitación con las luces apagadas. El esposo pidió pizza a domicilio y enchufó a los hijos al televisor. Luego entró en la alcoba.

—¿Estás dormida? —preguntó en voz baja para no despertarla.

—No —respondió ella—. Solo reposo un rato.

—¿Qué te sucede?

—Nada, apenas un mareo.

—¿No estarás esperando?

—¡Cómo se te ocurre, si estuviese encinta ya te lo hubiese dicho!

—Bueno, fue solo una idea. ¿Llamaste al doctor?

—No, no hace falta. Ya me recuperaré.

Y con ello la señora Drescher puso fin al asunto, luego preguntó por la cena y el esposo dijo haber pedido pizza. La señora Drescher protestó, pues aquella cosa grasosa no era nutritiva, él ensayó una justificación diciendo que estaría bien por una sola ocasión y que no haría daño a nadie. La señora Drescher preguntó por los chicos y el esposo le dijo que estaban mirando televisión. Ella se levantó, no podía permitir una alteración tan seria en su afinado sistema de normas familiares a causa de un “vahído” —por llamarlo de otra forma—, fue de inmediato a la sala de estar y apagó la TV, llevó a sus hijos, en medio de protestas, hacia el comedor y, cuando se disponía a cocinar algo para ellos, sonó el timbre: el repartidor había llegado.

La señora Drescher se dio por derrotada cuando su esposo puso en la mesa la caja de pizza y los niños se abalanzaron sobre ella tomando grandes tajadas. Salió del comedor para volver al dormitorio, entonces uno de sus hijos dijo, confidencialmente, al otro:

—Es bueno que mamá se enferme, así cenamos pizza y no verduras.

Ella lo escuchó, pero no se inmutó por el desafuero infantil, siguió caminando hacia la habitación y se dejó caer en la cama. «*Tal vez lo mejor sería enfermarme*», pensó con un dejo de cansancio.